

contra aquellos que habían saqueado las iglesias y perseguido la religión durante el período revolucionario; la guerra contra los franceses fué una guerra santa. Al mismo tiempo que una junta reunida en Madrid reconocía á José como rey de España y prestaba juramento á la constitución impuesta por el Emperador (9 de Julio de 1808), otra junta nacional, reunida en Sevilla, declaraba guerra á muerte á Francia hasta la restauración de los Borbones y la evacuación de Es-



El mariscal Monecy, duque de Conegliano. (Cuadro de Barbier Waibonne)

paña, organizando la resistencia y dando unidad á los levantamientos regionales. Inglaterra, que desde diez años atrás no intervenía en el continente de una manera directa, comprendió que había llegado el momento de cambiar de conducta. Apresuróse á pactar una alianza con la Junta de Sevilla, á la que envió 200.000 fusiles, 200 cañones, 76 millones y varios oficiales, formando la resolución de emplear todas sus fuerzas en esta lucha.

Napoleón tenía únicamente en España 8.000 quintos, demasiado jóvenes para resistir el rigor del clima y las dificultades del terreno, y poco acostumbrados á los horrores de la guerra para no asustarse ante la furia de los Españoles. Murat cometió la torpeza de



diseminar estas fuerzas, mientras que el enemigo concentraba las suyas; sin embargo, logró triunfar por de pronto. El ejército español (35.000 hombres) que en virtud del tratado de Fontainebleau había pasado al Norte de Portugal, se declaró contra los Franceses y avanzó sobre el Duero, amenazando cortar el camino de Madrid. Bessieres marchó contra los insurgentes (1) que mandaba Cuesta (2), esperóles en Medina de Rioseco y les causó una pérdida de 12.000 hombres entre muertos y prisioneros; el resto se refugió en Galicia (14 de Julio). Esta victoria permitió á José entrar en Madrid, pero pronto se echó de ver que en esta guerra nada significaban las victorias de los ejércitos. Más de un mes de penosos esfuerzos (29 de Junio á 4 de Agosto) tuvieron que perder los generales Lefebvre-Desnouettes y Verdier para penetrar en Zaragoza, que no contaba con fortificaciones regulares; y aun una vez dentro de sus tapias, al proponer á Palafox la capitulación, respondiéndoles éste: «¡Guerra y cuchillo!» iniciándose entonces un espantoso combate en las calles de la ciudad. Los Franceses sólo se habían apoderado de una parte de la población, después de diez días de incesante lucha, cuando los sucesos de otros puntos de la Península les decidieron á abandonar su empresa.

De Madrid habían salido dos cuerpos de ejército, uno en dirección á Valencia y el otro hacia Cádiz. El mariscal Moncey, que mandaba el primero, llegó sin dificultad hasta Valencia, pero fué rechazado ante los muros de esta ciudad y hubo de retirarse hacia la Mancha. Dupont, que acaudillaba el segundo, pasó el Guadalquivir en Andújar y se apoderó de Córdoba, que fué saqueada sin compasión, así por los paisanos de las cercanías (3) como por sus soldados, y en donde Dupont cometió también la torpeza de detenerse diez días (7 de Junio

(1) El autor llama *insurrectos* y *brigands* á los Españoles alzados en armas.—(N. del T.)

(2) Al nombrar á los generales españoles se observa que únicamente lo hace por el apellido, sin precederle ningún tratamiento, mientras que al hablar de los franceses siempre les precede el título respectivo.—(N. del T.)

(3) El autor, sin duda para aminorar en parte los horribles excesos cometidos en Córdoba por las tropas de su nación, acusa, como se ve, á los habitantes de las cercanías. Bastará leer á Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXXI, para convencerse de la inexactitud de semejante acusación, así como de la brutalidad de que dieron prueba los invasores de la infortunada ciudad.—(N. del T.)

de 1808). La Junta de Sevilla, aprovechándose de la indignación que produjo este saqueo, en el que no se respetaron ni las iglesias ni los vasos sagrados, tuvo tiempo suficiente para reunir 15.000 hombres de tropas regulares y 30.000 insurgentes, cuyo mando confió á Castaños. Dupont, á cuyo ejército se había incorporado la división Vedel y que había recibido la orden de mantener la línea del Guadalquivir, temió se le cortasen sus comunicaciones y se retiró en dirección á Madrid. Vedel, que iba de vanguardia á la descubierta, con objeto de ocupar á Bailén, habiendo observado que Reding, segundo de Castaños, acudía por la orilla derecha del río, creyó que trataba de apoderarse del desfiladero de Despeñaperros, por lo que se dirigió hacia este punto con la mayor rapidez. Reding tomó entonces posiciones y presentó cara á Dupont, que en este momento llegaba á Bailén únicamente con 10.000 hombres; los Franceses se batieron durante ocho horas, y estaban ya postrados por el cansancio, el calor, la sed y el hambre, cuando fueron atacados á retaguardia por Castaños, que llegaba de Andújar. Dupont solicitó una suspensión de hostilidades y negoció una capitulación. Entretanto Vedel, advertido por los cañonazos, había atacado y deshecho la primera línea de Reding, y al saber que el general en jefe había capitulado, trató de retirarse; pero Dupont, cediendo á las amenazas de los españoles, le obligó á rendirse con él. Las divisiones Vedel y Dufour, que debían ser conducidas á Francia, lo propio que la división Barbou, fueron á perecer en los pontones de Cádiz ó en la isla de Cabrera, faltando á lo estipulado en la capitulación. Sin embargo, un joven subteniente, que debía llegar más tarde á mariscal de Francia, Bugeaud, decidió á los oficiales de su regimiento, comprendido como los demás en la capitulación pero distante una media jornada del general Dupont, á separarse del resto del ejército. «Sostuvo que un cuerpo armado no está comprendido en una capitulación, acordada por otros, salvo en el caso de que no tenga ningún recurso para librarse de ella. Dijo que por medio de una rápida marcha podían ganar la sierra y llegar á Madrid, y se ofreció á sostener la retaguardia con sus granaderos; sus entusiastas frases reanimaron los ánimos abatidos, tomaron por los senderos que les indicara un cazador experto, que conocía perfectamente el país, y reganaron afortunadamente las treinta leguas que tenían que recorrer



entre las fuerzas enemigas que pululaban por la comarca, salvándose el regimiento.»

La noticia de este desastre indignó á Napoleón. «Hacia ya tres horas, dice Champagny, que conocía la fatal noticia, consumiéndose á solas su desesperación. Me mandó llamar; exhaló involuntariamente varios quejidos.» Un individuo del Consejo de Estado refiere también que, después de este desgraciado suceso, el Emperador se presentó ante el Consejo llevando un proyecto de decreto en el que se establecía la forma de procesar á los generales. «Antes de su discusión, Napoleón habló del hecho y su corazón no pudo contener los sentimientos que le embargaban; era ésta la primera vez que la victoria abandonaba sus banderas y que las águilas quedaban humilladas. El prestigio estaba roto. Entregóse de tal modo á su dolor que las lágrimas asomaron á sus ojos, y después de enumerar los recursos que en la desesperación hubiera podido encontrar el general Dupont, exclamó: — ¡Oh, cuánta razón tenía el viejo Horacio cuando, después de haber dicho: «¡Que muriese!...» añadió: «¡O que un arranque de noble »desesperación entonces le socorriese!» ¡Y qué mal conocen el corazón humano los que censuran á Corneille y le acusaban de haber debilitado sin necesidad por el segundo verso el efecto del «¡que muriese!» — Curioso es ver comentar así á Corneille por Napoleón.» Su indignación, por lo demás, era muy justa: esta capitulación tuvo, en efecto, consecuencias muy funestas. Desde la Revolución, era la primera vergüenza que sufrían las armas francesas. Europa comprendió por fin que no eran invencibles y que unas bandas desordenadas, incapaces de formar militarmente, habían sido las primeras que habían tenido la gloria de vencerlas. Europa recobró su valor y Austria trató entonces de formar contra Francia una nueva coalición. El triunfo exaltó el fanatismo de España entera; en Cádiz, los desdichados restos de la escuadra que había combatido en Trafalgar, se vieron obligados á rendirse. José tuvo que abandonar á Madrid y retirarse tras del Ebro; se evacuó también Zaragoza (1.º de Agosto de 1808), y finalmente, esta capitulación trajo consigo otra.

Castaños dijo á Dupont en Bailén: «Cuesta, Blake y yo no éramos partidarios de la insurrección, hemos cedido ante el movimiento nacional, y este movimiento es tan unánime que adquiere apariencias



La capitulación de Bailén. (Cuadro de J. Casado del Alisal)